

Ritos iniciáticos en el infierno sin llamas: *La tía Águeda* de Adelaida García Morales

Carlos Vadillo Buenfil
Universidad Autónoma de Campeche, México)

Tanto en *El sur* como en *Bene* —las dos primeras novelas de Adelaida García Morales publicadas en un mismo volumen (1985) — la enunciación recae sobre conciencias maduras que desde el presente narrativo vuelven a los territorios infantiles y adolescentes para recordar y auscultar lo vivido; de este modo, intentan explicarse la perspectiva del mundo, real o imaginado, edificada por aquellos años. Por eso, lo más natural es que esas voces narrativas distiendan sus percepciones hacia el territorio más cercano a sus primeros saberes y cuestionamientos: el círculo familiar representado por los padres, las tías, los hermanos y el personal doméstico. Con *La tía Águeda* (1995), su séptima producción novelesca, García Morales reanuda las problematizaciones de las ficciones de iniciación planteadas en los textos aludidos: la apertura a la existencia y el despertar de Eros, los desencuentros entre los puntos de vista de los adultos y de los adolescentes, la orfandad efectiva y simbólica de la heroína, la exposición de relaciones familiares retorcidas y autoritarias; a estas coincidencias temáticas y argumentales agregamos la temporalidad que remite a los años cincuenta, así como los espacios de la provincia andaluza, referencias puestas en boca de una púber actante que va desengranando los acontecimientos que la marcaron para el resto de sus días.

La tía Águeda es novela de autoconcienciación, una prosa en la que una voluntad juiciosa textualiza sus experiencias a través de la recordación y la reflexión, configurando una dualidad del ser representada en Marta: yo narrador/yo narrado. En este sentido, una voz individualizada describe el proceso por el cual se hace consciente de su pasado, por lo tanto, no es un mero relatar de sucesos sino una deliberación sobre sus contenidos. “Supone un buscarse y comprenderse a 'sí mismo' a través de ellos”, puntualiza Conde Peñaloza (2004, p. 13). Y a esta tarea es a la que justamente se entrega la Marta narradora cuando atisba a la Marta que actúa, en 1957, a sus diez años; la voz informa también que por aquel entonces acababa de perder a su madre y que era la primera vez que salía de Sevilla, pues su padre, ante la imposibilidad de ocuparse de ella, pretendía entregarla con la tía Águeda, en una casa ubicada en un pueblo de Huelva. Por estas precisiones asistimos a la narración de la experiencia iniciática de un personaje que no acalla la memoria ni neutraliza la conciencia, sino que, nos ilustra Carmen Martín Gaité, nos convida a un inestable sosiego, pues narrar lo ya vivido es “pararse con los ojos abiertos y los oídos abiertos y las narices oliendo y los dedos tocando y el paladar propenso a la náusea. Y resistir quietos, a pesar de todo”

Martín Gaité (2006, pp. 77-78).

La iniciación al mundo de Marta supone este abrirse a la realidad para “darse cuenta” de la gradual pérdida de la candidez y de una serie de revelaciones sobre un periodo de su propia existencia. El resultado es una novela de formación de una protagonista que ambienta sus aprendizajes en la posguerra, por lo que *La tía Águeda* es heredera de otros *Bildungsromane* publicados por escritoras durante el primer franquismo: *Nada* de Carmen Laforet, *Cinco sombras* de Eulalia Galvarriato, *Entre visillos* de Carmen Martín Gaité, *La Playa de los Locos* de Elena Soriano, *Tristura* de Elena Quiroga, *Nosotros, los Rivero* de Dolores Medio y las novelas *Los Abel*, *Luciérnagas* y *Primera memoria* de Ana María Matute, por citar algunos ejemplos. Adelaida García Morales es de la generación de autores que, aunque publican sus primeras obras en la recién estrenada democracia, vivieron la infancia en la inmediata posguerra y han sentido, a través de la prosa de ficción, la necesidad de volver a esos años del miedo institucionalizado, no tanto por la nostalgia como por un espíritu indagatorio, pues sus historias individuales son también trasunto de la historia de España.

La problematicidad de la heroína de *La tía Águeda* es haberse quedado huérfana de madre y verse obligada a vivir bajo la férula de la hermana mayor de su padre, una mujer casada pero sin hijos, con una estable posición económica. Conflicto que recuerda, por ejemplo, los casos de Tadea en *Tristura*, o el de Matia en *Primera memoria*, niñas huérfanas que, en tiempos de agitaciones políticas, son enviadas por sus padres a las casas de las abuelas. Muy pronto Marta toma conciencia de su ser en situación, de su desamparo y de que la tía Águeda nunca podrá suplir la imagen de su madre biológica: “Pero mi madre ya no volvería nunca y yo me sentía abandonada y sola” García Morales (1995, p. 30). A esta certeza se une la obligada convivencia con su estricta pariente, condición que —agrega la narradora— no estaba dispuesta a soportar por mucho tiempo.

El periplo existencial de Marta arranca bajo la nocturnidad; la llegada a la casa de Águeda es su primera prueba en la expansión de su ser hacia la conquista de la madurez. El patio penumbroso y la luz exigua del farol le traspasan inmediatamente una sensación de desencanto que contrasta con la ilusión que la embarga momentos antes en el auto del padre, al visualizar las primeras luces del pueblo en el que va a ser confinada. “Me sentí inmersa en una atmósfera mortecina y triste” García Morales (1995, p.10), comenta una vez atravesado el portalón de la entrada, impresión que se reforzará cuando descubra que toda la casa participa de esas mismas oscuridades. Su cuarentona dueña no se queda atrás, con su expresión dura, sus marcadas ojeras, sus órdenes tajantes. Para completar su recibimiento, esa noche recibe de su tía un regalo que siempre reputará de siniestro:

una vieja muñeca que la atemoriza por parecerle proveniente de ultratumba: “sentí como si un cadáver me mirase fijamente [...] tenía los ojos entornados y su mirada maligna me asustaba aún más” García Morales (1995, p. 13).

Es así como tía, muñeca y casa se funden en una evocación tenebrosa, nada más lejos de una confortación, pues las imágenes no se vinculan con recuerdos de protección. Toda el espacio de la tía Águeda —afirma Marta— la abrumaba, pues “se cubría de una atmósfera inquietante [de una] atmósfera sombría” García Morales (1995, pp. 33-43) que para nada encierra el espíritu de la *ensoñación*. El trato déspota de la tía la amarga y le hace sentir que estaba “en un territorio extraño, como una prisionera. Me decía a mí misma que aquélla no era mi casa, ni lo sería nunca” García Morales (1995, p. 62). Pero cuando los desvaríos, las pesadillas y los gritos de la tía Águeda se vuelven cotidianos, Marta empieza a creer “que el infierno mismo se había instalado en la oscuridad de la casa” García Morales (1995, p. 105).

Y es que la casa, apunta Bachelard, es el espacio que “alberga el ensueño, [que] protege al soñador, [que] permite soñar en paz” Bachelard (1975, p. 36). Pero el ámbito de Águeda encierra los atributos negativos de un sótano, todo él plagado de tiniebla y fuerzas subterráneas, encarnando una casa *antionírica*: “Siempre terminaba la tía Águeda imponiendo aquella amargura que emanaba de su persona y que impregnaba todo cuanto la rodeaba” García Morales (p. 47). Recurrimos de nuevo al filósofo francés, para quien “los recuerdos de las antiguas moradas se reviven como ensueños [porque] las moradas del pasado son en nosotros imperecederas” Bachelard (1975, p. 36). Por el contrario, como en un reflejo de espejos invertidos, el espacio onírico es para Marta el desván, zona que una vez descubierta por la niña se convierte en su sitio preferido de la vivienda. Ahí, en completa soledad, puede dar rienda suelta a su imaginación: juega a transformarse con las ropas y los sombreros que encuentra en los baúles. Además, allí retoza con su tía Clara, su adyuvante, el único adulto con el que comparte el espacio; por eso, el desván es refugio seguro y sitio privilegiado por la recordación de la protagonista.

Martín Gaité expone que la cercanía de la adolescencia es “esa etapa transitoria, fulgurante e ingrata en que por primera vez se descubre que el infierno no está en uno mismo, sino en los encontronazos contra las aristas de los demás” Martín Gaité (1993, p. 223). Y Marta, en su “darse cuenta” lo sabe, y se va creando una idea del exterior ayudada por su sensibilidad. Por ejemplo, muy pronto se percató de que las relaciones de sus tíos no son apacibles, sino que entre ellos se han fraguado odios insuperables. Verbos pertenecientes al campo semántico del conocer, muy importantes en el periodo de formación, ponen en evidencia este despertar al medio circundante:

“**Advertí** [...] que la tía Águeda se dirigía al tío Martín siempre en un tono seco y malhumorado” García Morales (1995, p. 16)... **Comprendí** que ella vivía amargada y que se le agriaba progresivamente el carácter (p. 20)... y yo, pese a mi corta edad, **advertí** que la tía Águeda fingía despreocupación aunque con frecuencia les dirigía a ambos malhumoradas miradas de soslayo” (pp. 44-45, las negritas son nuestras).

Gracias a estas disposiciones abiertas se va configurando la visión del mundo adulto, un universo lleno de contradicciones y rencores desplegados por sus parientes: “Por primera vez me extrañó que dos personas que aparentaban no quererse compartieran la misma alcoba” García Morales (1995, p. 56). A Marta la escuece que en el pueblo no tengan un buen concepto de su familia. A la tía Águeda casi nadie la saluda ni la visita, seguramente una malhumorada y huraña terrateniente no despierta simpatías; de su tío Martín expresan que es un mantenido e irresponsable borrachín. Por la inestabilidad y la zozobra que vive en la casa, Marta se considera ceñida a su núcleo familiar, pues al compararse con sus compañeras de escuela se percibe con el mismo tufo de la tía Águeda: una niña triste, seria, solitaria, como afectada por una depresión permanente.

En la España ultraconservadora, Marta despunta con los mismos atributos de la “chica rara”.¹ Un rasgo que la distingue es la indiferencia ante las prácticas religiosas, pese a haber estudiado en un colegio de monjas, actitud que Marta atribuye a la costumbre de sus padres de no frecuentar iglesias. De ahí su reticencia para confesarse con el cura y su poca devoción al hacerlo obligada por la tía. La actitud de la iniciada recuerda a jóvenes heroínas de los *Bildungsromane* españoles ya mencionados, personajes que por no asumir actitudes devotas contienen el germen de lo díscolo, rótulo puesto por las buenas conciencias, como la de la tía Águeda, representante del nacionalcatolicismo imperante en la posguerra; por su caracterización, asociamos a Águeda con la solterona tía Angustias de la novela *Nada* de Laforet.

Las experiencias más significativas para la heroína tienen su origen en los dos polos del existir: Eros y Tánatos. A Marta también se le devela que en medio del tiempo de la vida se deslizan instantes del tiempo de la muerte, “o del morir más bien, [pues] morir bien puede ser aquí y ahora en la vida”, como reflexiona María Zambrano (1989, p. 135). En este fluir de la temporalidad, la adolescente toma conciencia del tiempo fugaz que remite a Eros y Tánatos, categorías que la catapultan a la edad de la razón. Representaciones de ambas categorías son sus dos tías, las

¹ En su libro de ensayos *Desde la ventana...*, Carmen Martín Gaité denomina así a las jóvenes protagonistas de novelas de la inmediata posguerra que se desmarcan de los modelos de mujer impuestos por la ideología franquista.

hermanas Águeda y Clara; por su sequedad y rigor, la primera es encarnación de Tánatos, la segunda de Eros, ya que es jovial, se maquilla y viste con elegancia, fuma y se vuelve aliada de su sobrina en contra de los mandatos de Águeda; para desgracia de Marta, Clara interrumpe su visita al no poder convivir más tiempo con la hermana, dejándola con su marcha a merced de los infiernos y de los atributos tanáticos.

En el sentido de la muerte se encuentra “el sentido mismo de la problematicidad de la existencia y, por ende, de su temporalidad” Abbagnano (1955, p. 31). Es un aprendizaje que marcará con sus huellas la experiencia de Marta, pues a su narración no escapa que la casa y sus moradores son personajes envueltos por un espíritu tanático. Tres adultos que conviven conteniendo malquerencias y resentimientos que se irán desplegando a lo largo del relato: Águeda, Martín, su marido, y Catalina, la jorobada criada. Lo que incumbe a Marta es el amortajamiento de su libertad. Las fricciones entre tía y sobrina aumentan en los meses que dura la historia narrada. Una de las primeras animadversiones surge en el primer domingo de estancia de la heroína. Después de misa, Águeda acostumbra visitar la tumba de sus padres, por lo que obliga a su sobrina a seguirla, pero el cementerio causa terror a Marta por su obsesión de que los muertos vigilan los actos de los vivos. El miedo añadido que Águeda infunde en la chica surge cuando le recuerda que su madre la ve todo el tiempo, como un ser fantasmal, transformándole la idea dulce que poseía de su progenitora. La creencia de que su madre la espía a perpetuidad le ocasiona un gran sufrimiento que nunca perdonará a su tía.

La tía Águeda es rígida y conservadora, autoritaria con sus puntos de vista, una mujer que inflige la virtud y la disciplina a regañadientes. Su rigor y su falta de demostraciones cariñosas despierta deseos de venganza en la menor, por lo que en un acto rebelde escapa una mañana de la casa; pero la soledad del parque vacío la desasosiega, la ensimisma: “me sentí más huérfana que nunca, abandonada, sin familia” García Morales (1995, p. 58). La tía ahonda aún más en la congoja de Marta cuando amenaza con sugerir a su padre llevarla a un internado, y por subrayar a la chica que es una niña mimada por la mala educación que le transmitió su madre. Y, como todo héroe o heroína de novela de aprendizaje, por su edad tiene que resignarse ante la falta de recursos para contrarrestar a la visión adulta, pues sabía que su padre no iba a remediar la situación. Los encierros en casa y los castigos de noches sin cena son los escarmientos que Águeda receta para labrar la educación y la disciplina de su pupila. Es tal la antipatía de la niña hacia su pariente que lucha para no exteriorizarla y no padecer más la reprimenda. Su defensa es rehuir en todo momento la presencia de la tía refugiándose en la escuela y en su alcoba. Si no fuera por los tratos bondadosos

de Catalina y por Martín, sus dos adyuvantes de la casa, y por las visitas de Pedro, el hijo del primer matrimonio de Martín, la estancia de Marta sería inaguantable.

No pasa mucho tiempo para que la tía Águeda ajuste las cuentas a su detestado marido. Marta es testigo de la actitud imperturbable de Águeda, quien no accede a llamar al médico ante las dolencias pectorales del hombre: “La vi entonces como una mujer realmente malvada y cruel. Me resultaba más difícil aún seguir viviendo con ella [...] Me sentí furiosa contra la tía Águeda” García Morales (1995, p. 74). Su desquite es despedazar la muñeca en la noche del velatorio, como en un acto simbólico de insubordinación y destrucción contra la tía Águeda, por haber dejado morir a Martín. La muerte del tío es el acontecimiento que divide la historia en dos grandes secuencias, pues el ambiente se vuelve aún más inhóspito para Marta cuando surgen las “apariciones” de Martín. Presa de la circunstancia, Marta se sabe invadida de una resignada impotencia, y los cuños del pesar siguen dejando rastros en su ánimo: “La casa entera se me antojaba una prisión, yo me movía por ella como una sonámbula, sin saber adónde dirigir mis pasos. Me aburría y la tristeza que me invadía me paralizaba” García Morales (1995, p. 82).

Tanto Marta como Catalina saben que Águeda negó los últimos auxilios al tío, por eso la adolescente sospecha que la sirvienta es la que deja objetos del difunto para que se le alteren los remordimientos a Águeda. A Marta le parece perversa la actitud de Catalina, y es testigo de esa lucha de poderes; decide adoptar una posición neutral: “No sé por qué, me di a mí misma el papel de mera espectadora, de alguien que no tenía por qué aclarar nada ni intervenir en ningún caso en lo que estaba sucediendo” García Morales (1995, p. 85). Muy pronto la tía Águeda comienza a precipitarse hacia su final, a través de desquiciamientos y alucinaciones. La progresiva descomposición mental de la tía es meridiana, pero Marta no siente lástima por su consanguínea; por el contrario, el rencor por ella no decrece, y menos cuando la ve vestirse sin luto, como era costumbre en el pueblo. No por nada, Marta recuerda por siempre, por perturbadora, una frase que le dirige Águeda cuando contempla por la ventana la nieve que cae: “Pues así, de la misma manera y en la misma cantidad, caen las almas en el infierno” García Morales (1995, p. 98). Pero es el infierno en la tierra el que comienza a vivir Águeda en su viudez, pues se despierta violentamente casi todas las noches asegurando que Martín la visita en forma de un diablo que huele a azufre. En realidad, es el aire viciado y denso que se había extendido por todas partes, como señala Marta. Para Catalina, ese infierno son los remordimientos de la tía por haber dejado morir a su consorte. En una de sus pesadillas, Águeda riñe con Pedro sobre el destino de su padre: “Sí, viene desde el infierno. Él no merecía otro sitio. Allí está tu padre”, a lo que Pedro contesta que Martín no está en ninguna

parte: “el infierno no existe, estoy seguro” García Morales (1995, p. 101).

A Marta, pasiva espectadora, tampoco se le ocultan los odios soterrados entre los adultos. Razón tiene la chica en seguir recalando que “la atmósfera que creaba la tía Águeda con sus apariciones se me hacía irrespirable. Era una atmósfera densa y poblada de amenazas desconocidas” García Morales (1995, p. 117). Esta atmósfera turbia envuelve también a Catalina, enfrentándola con su patrona: ella también se niega a llamar al médico cuando la tía se queja de fuertes malestares, lo que precisamente no hizo Águeda con el tío Martín. En la ambigüedad del momento brota una soterrada querencia de Catalina hacia Martín, pues la criada le recalca a Águeda, en sus últimos momentos de vida, que la iba a dejar morir como a un animal, justo como ella abandonó a su suerte al señorito.

Otro personaje no menos importante para la historia de la novela y para la historia personal de Marta es el hijo de Martín, quien hace cortas estancias en la casa de la tía Águeda. Pedro tiene trece años, es aficionado a leer novelas y ha sido expulsado del colegio por sus dibujos obscenos. Pedro se erigirá también como un protector de Marta y como su introductor en los instintos de la vida que despliegan su orden sensual en el mundo y en los impulsos libidinales hacia los otros (Marcuse, 2002). Es el estallido de los sentidos que se vuelcan a la vida de afuera para retornar enriqueciendo la interioridad del ser en formación. Por tales motivos, Kant plantearía que “en el conocimiento de sí mismo, sólo el descenso a los infiernos puede conducirnos a la apoteosis” Kant citado por Bachelard, G. (En: *La tierra y los ensueños*, 1994, p. 443). Y el arrebató que cauteriza tanto infierno llegará de la mano de Pedro.

Desde su arribo, Pedro representa para Marta la hermandad; lo siente un espíritu afín al suyo, otro adolescente huérfano que muy solo y miserable tenía que estar para verse obligado a vivir en los dominios de la tía Águeda. Ni duda cabe que se identifica con el desvalimiento y la avidez por la vida demostrados por el chico. Por eso, desde un primer momento ve en él un cómplice, le enseña el desván y lo hace partícipe de sus juegos de disfraces para que la admire, hasta que son sorprendidos por la tía Águeda que los cataloga de indecentes, y con su lengua-espada flamígera los expulsa de las alturas del desván-Edén.

Y, como toda adolescente que no comprende cabalmente las pulsiones de Eros, percibe que Pedro le atrae y desasosiega; admite que su presencia es lo único que la retiene en esa casa. Reconoce que “crecía en mí un sentimiento hacia él que yo nunca antes había conocido y que no sabía cómo calificar” García Morales (1995, p. 102). No por nada siente una “secreta” alegría al comprobar que Pedro no presta mucha atención a su amiga Florita, y sufre por los celos cuando el

joven solicita a la chica para que modele ante su cámara. Las miradas de Pedro comienzan a ingresar a Marta a la erotización de la existencia y al mundo adulto. La halaga que Pedro quiera probar su cámara tomándole fotos a ella en el jardín, es una actitud que le da seguridad por sentirse atractiva, por despertar cierto interés en alguien del sexo opuesto, aunque, como siempre, los ojos avizores de la tía Águeda no dejan de seguirla. A los pocos días de cumplir los once años, advierte que Pedro recorre su cuerpo con la mirada, y por primera vez es consciente de sus senos que se señalan bajo el jersey.

Pedro también representa la protección-atracción, pues ante los miedos de Marta a los supuestos fantasmas, ella acude a su habitación para refugiarse en su cama y dormir junto a él, a escondidas: “Pero otra forma de nerviosismo me sacudía. Estábamos muy cerca y nuestros cuerpos se rozaban. Yo sentía su calor y al tiempo que me provocaba una gran emoción me sentía tensa e incapaz de dormir” García Morales (1995, pp. 105-106). Su saber erótico se enriquece con el contacto de la mano de Pedro que explora su cuerpo, con la respiración excitada del chico sobre su cara. La emoción perturbadora y el miedo le proporcionan una desconocida e inédita sacudida. Es su primer aprendizaje de la pasión erótica que la aleja de la inocencia: “ante su mirada, me sentí mayor, sentí que dejaba de ser una niña, y esa sensación me desconcertaba” García Morales (1995, p. 115).

Las exaltaciones son pronto cercenadas por la tía al descubrir a las dos amigas y a Pedro en un juego de besos. La educación sentimental de Marta es interrumpida cuando la tía decide alejar al adolescente de su casa. Pedro es la única razón para que Marta quiera permanecer en el espacio de Águeda; su partida es el desconsuelo y no puede darse explicación razonable para justificar la tristeza por la separación del chico. Por él siente una gran admiración por hacerle frente a la tía, y por abogar por ella y por su libertad restringida. De Pedro también obtiene el coraje para la rebelión y para no acatar las decisiones de la tía sin ofrecer alguna resistencia. Gracias a esta fortaleza que adquiere de la valentía de Pedro, un fenómeno inversamente proporcional es visible en las últimas secuencias de la novela: el crecimiento anímico de Marta y el derrumbamiento de la voluntad y la autoridad de Águeda, como una especie de venganza y triunfo de la adolescente.

En *La tía Águeda* no existen referencias directas al régimen franquista, pero la hipocresía religiosa, la dominación y el autoritarismo para imponer buenas costumbres, así como la mano dura de la tía hacia la sobrina que anhela libertad hacen pensar, de manera oblicua, en la dictadura y en el secuestro de España, más si consideramos que la narradora señala 1957 como la marca temporal en la que se ve forzada a vivir bajo el resguardo de su pariente: “Sentía que la tía [...] era un obstáculo

para realizar cualquier deseo, la percibía como una pesada losa sobre mi cabeza que yo no podía levantar” García Morales (1995, p. 125). Todo intento de autonomía es repelido, por lo que se narra un clima tenso y desagradable, como fue el del represor y revanchista nacionalcatolicismo imperante en la segunda década de posguerra.

En la temporalidad y en la finitud reside el genuino conocer del iniciado que se ve inmerso en un tiempo existencial. Marta recuerda que en el tránsito de los diez a los once años presenció las muertes de tres familiares y conoció los primeros palpitaros de Eros. La estancia en casa de Águeda fue periodo formativo para la joven conciencia. La etapa surgida en plena oscuridad finaliza con la defunción de la tía y la presencia de su padre para llevársela, cuando ya clarea el día; algunas verdades y experiencias han arrojado sus luces sobre Marta, quien reconoce que al volver a la ciudad de la que partió para su aventura es ya un ser transformado, alguien que ha traspasado ritos de iniciación que la han dotado de una nueva concepción del mundo, condición equiparable a un cambio básico en la situación existencial, pues se ha convertido en *otro* ser distinto al de antes de la iniciación (Eliade, 2000): “Creo que cuando llegué a Sevilla y volví a mi antiguo colegio, ya me había hecho una persona adulta. La idea de la fragilidad de todo había calado hondamente en mí” García Morales (1995, p. 147). Las palabras de la narradora son el reconocimiento de la auténtica experiencia que ha obtenido de la finitud humana y del “aprender del padecer”, cuya esencia dilucida Gadamer: “Esta fórmula no sólo significa que nos hacemos sabios a través del daño y que sólo en el engaño y en la decepción llegamos a conocer más adecuadamente las cosas [...] Lo que el hombre aprenderá por el dolor [es] la percepción de los límites del ser del hombre” Gadamer (1977, pp. 432-433). Así pues, lo que Marta ha aprendido del malestar del mundo es la percepción de la incertidumbre y la fragilidad de la humana condición y, como en la tragedia griega, su entendimiento del padecer es “la comprensión de que las barreras que nos separan de lo divino no se pueden superar” Gadamer (1977, p. 433).

Hegel arguyó que en la novela moderna los héroes ya no se enfrentan a dragones ni encantadores, como en las ficciones de antaño, sino a la sociedad burguesa, a la familia, al Estado y a sus instituciones controladoras Hegel citado por Salmerón, M. (En *La novela de formación y peripecia*, 2002, p. 48). La vida familiar planteada por García Morales en *La tía Águeda* no es ningún paraíso de entendimiento y buena fe; tampoco es virtuosa, pese a las prácticas religiosas, pese a las pretensiones del régimen de Franco por entronizar a la familia española; por el contrario, es la comprobación, una vez más, de que el infierno sin llamas crepita alrededor de la parentela, dentro de la propia casa.

Referencias bibliográficas

- Abbagnano, Nicola. (1955) *Introducción al existencialismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bachelard, Gaston. (1975) *La poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica.
- _____ (1994) *La tierra y los ensueños de la voluntad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Conde Peñaloza, Raquel. (2004) *Mujeres novelistas y novelas de mujeres en la posguerra española (1940-1965)*. Madrid: Fundación Universitaria Española.
- Eliade, Mircea. (2000) *Nacimiento y renacimiento. El significado de la iniciación en la cultura humana*. Barcelona: Kairós.
- Gadamer, Hans-Georg. (1977) *Verdad y Método*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- García Morales, Adelaida. (1985) *El Sur* seguido de *Bene*. Barcelona: Anagrama.
- _____ (1995) *La tía Águeda*. Barcelona: Anagrama.
- Marcuse, Herbert. (2002) *Eros y civilización*. Barcelona: Ariel.
- Martín Gaité, Carmen. (1987) *Desde la ventana. Enfoque femenino de la literatura española*. Madrid: Espasa Calpe.
- _____ (1993) *Agua pasada*. Barcelona: Anagrama.
- _____ (2006) *Tirando del hilo. Artículos 1949-2000*. Madrid: Alfaguara.
- Salmerón, Miguel. (2002) *La novela de formación y peripecia*. Madrid: Antonio Machado Libros.
- Zambrano, María. (1989) *Delirio y destino (Los veinte años de una española)*. Madrid: Mondadori